

## **EXPERIENCIAS TOLEDANAS EN LA NARRATIVA DE ENRIQUETA ANTOLÍN**

**Humildad Muñoz Resino**

**E. U. de Magisterio de Toledo (Universidad de Castilla-La Mancha)**

**Correo electrónico:** [Humildad.Munoz@uclm.es](mailto:Humildad.Munoz@uclm.es)

**RESUMEN:** Con este trabajo pretendo un acercamiento a la trilogía novelística toledana de Enriqueta Antolín, fundamentalmente en cuestiones de contenido, aunque también se hace alguna referencia a las formales. A lo largo de las páginas de estas novelas la autora recupera la memoria colectiva de la pequeña ciudad provinciana entre los años cincuenta y setenta, abordándolo desde un punto de vista muy poético y con una estructura bastante eficaz.

**PALABRAS CLAVE:** novela, trilogía toledana, Antolín, El Greco, leyendas, turistas, fiestas, espacios.

**ABSTRACT:** In this article I intend an approach to the trilogy of the Toledo novelist, Enriqueta Antolín, basically in question of contents, although I shall refer to their formal structure as well. In these three novels, the author retrieves the memory of a prejudiced small-town people between the fifties and seventies, approaching it in a poetical and efficient way.

**KEY WORDS:** Novel, Toledo trilogy, Antolín, El Greco, legends, tourist, feasts, spaces.

### **1. INTRODUCCIÓN**

Mi estudio se va a centrar en la trilogía toledana de Enriqueta Antolín, compuesta por *La gata con alas*<sup>1</sup>, *Regiones devastadas*<sup>2</sup> y *Mujer de aire*<sup>3</sup>. Y voy a comenzar manifestando una verdad de Perogrullo: la “República de las Letras” –el clásico *dixit*– está plagada de obras magníficas que todos los amantes de la lectura reverenciamos. Pues bien, de esas obras admiradas, pocas me inspirarían el sentimiento de complicidad que éstas. Y ello es así por *dos* razones fundamentales, una más profesional, la otra muy personal:

✦ Porque cada una de estas novelas es una verdadera muestra del dominio de la lengua: aquí están presentes innumerables registros, hilvanados con tal maestría que el resultado es, sencillamente, de una pieza. Para los que *amamos las palabras* (como continuamente manifiesta la protagonista, a la que creo trasunto de la propia autora) el deleite está más que asegurado (Seco recoge en su diccionario una entrada de esta trilogía: “bonis” = alfileres → p. 701-I).

✦ Porque leyendo las vivencias de estos personajes he rememorado las mías propias. Es por ello que estas reflexiones sobre la trilogía me parece que encajan como guantes de seda en el presente homenaje a nuestra querida y admirada compañera Carmen López Lucas. Aunque con previsibles diferencias y algunos años después, me reconozco fácilmente en esa niña que juega, que lee cuentos o libros como *Amanecer*; en esa adolescente toledana que estudia con ilusión en el Instituto, habitado por profesores inolvidables como don José María Cabezalí, don Clemente Palencia, don Jaime Vidal, y otros que se esconden bajo nombre supuesto. Me reconozco también en sus ropas, en sus comidas, en sus programas de radio y en mil y un detalles de aquella vida cotidiana que es la materia literaria de las tres novelas (por ejemplo, con once años, más o menos, yo también fui testigo del “susto” que la Tarasca propinaba a los ingenuos visitantes).

Los hechos se rememoran desde el presente adulto de la protagonista pero recuperando “la mirada” de la niña que fue. El resultado es altamente poético, por su verdad y por su ternura, no exenta de cierta crueldad y también de una continua ironía. Como lectora me ha producido sentimientos similares a los que experimenté leyendo *Sueños en el umbral*<sup>4</sup>, de Fátima Mernissi, o viendo *El espíritu de la colmena*, de Víctor Erice.

La autora ha escaneado con su memoria un trozo de la intrahistoria toledana, que en cierta manera viene a ser la de toda la España de la postguerra. Atrapa en su lenguaje *lo toledano*, recuperándolo del pasado y proyectándolo hacia el futuro. Buceando con ella por los canales de la evocación rescatamos del olvido a personajes, hechos, lugares... que existieron, que existen. Pero también nos atrapa con sucesos novelescos (el entierro del perro Chuti, la procesión de la estatua de una venus) y nos sorprende con ciertos toques de realismo mágico (gatas que vuelan).

La acción transcurre en Toledo (las dos primeras) y Madrid (la última, aunque Toledo sigue presente en la evocación), en un período que abarca desde el año 1950 a 1980. La familia protagonista está formada por el padre (militar), la madre (ama de casa y oficinista casual, más adelante), el abuelo (jubilado) y cinco hijos: la protagonista (de la que sólo una vez y solapadamente se nos brinda su nombre, Teodora); Pili y Sani, las dos hermanas que le siguen en edad, uno y dos años más pequeñas, respectivamente; Manolo y el benjamín, Luisito, nacido después de la marcha del padre.

Pero en torno a ellos giran importantes personajes. Unos, imprescindibles en la acción (la vecina Rita; los profesores del Instituto, sobre todo algunos: don Guillermo Téllez –que también fue profesor de la Normal–, don José María Cabezalí, don Rodrigo, don Benigno, don Gonzalo Lares, la señorita de Falange, el padre Coligres; e incluso otros “inquilinos” del centro educativo: el entorchado bedel, la “sorprendente” *señorita Mary Paz*; el niño violinista, su eterno amado; Raquel, la compañera del Instituto y amiga). Otros –reales o inventados– son muy valiosos para contribuir a la configuración de la atmósfera humana en la pequeña ciudad provinciana (el escultor Victorio Macho; Bahamontes, el ciclista; las autoridades civiles; Donato, el guarda de la Vega; Cachupín, el minusválido; Valentín, el sordomudo vendedor de postales; los Labreño; el Macaco, que recoge desperdicios para los cerdos; Rosa, fregona de escaleras); o para completar el entorno familiar (la tía Justa; doña Araceli, la vecina madre del niño seminarista; el Sin Nombre o el amor que no pudo ser; el Interfecto, novio de Rita). Ángel, antiguo seminarista y vecino, es un personaje puente entre Toledo y Madrid.

Y toda esta pequeña “comedia humana” provinciana viene envuelta en sentimientos que oscilan entre la ternura, la admiración, la nostalgia, el amor, la curiosidad, la sorpresa... y, sobre todo, la ironía: gracias a ella la sombría –muchas veces– atmósfera se hace soportable e incluso hilarante (por ejemplo, la secuencia del hábito).

La narración de los hechos comienza cuando la protagonista tiene 9 años. Al final del curso escolar se examina de Ingreso en el Instituto. Durante ese verano, previo a sus clases de primero de bachillerato, suceden hechos relevantes: es testigo de una conversación entre su padre y un profesor; le arrebatan sus queridas palomas; conoce al niño violinista y tienen que separarse; finalmente, algún suceso –que escapa a la comprensión de los niños– se lleva a su padre de casa y por muchos años.

Otra época especialmente intensa de la acción es el verano (1954) en el que ella es ya una adolescente que ha cursado brillantemente el bachillerato y se ha examinado con el mismo resultado de la reválida de cuarto. Positivo es también el reencuentro con su amigo violinista. Pero dos hechos luctuosos van a sucederle: la marcha de su amiga, a la que no vuelve a ver, y la muerte en extrañas circunstancias de su profesor más querido. A ello habría que añadir su frustración por no poder cursar el bachillerato superior, camino de la Universidad, y tener que resignarse a ser maestra, algo para lo que no tiene vocación (de hecho, no lo ejercerá).

Pasados más de veinte años e instalada ya en Madrid, llega a sus manos un sobre cuyo interior, escrito por su padre, le desvelará terribles secretos que marcaron su niñez y su vida toda. La presión ejercida por ese pasado, unida a la frustración más o menos solapada que viene acumulando en su añeja relación amorosa, arrastran a la protagonista a una crisis coronaria aguda. El pasado irrumpe con una fuerza insólita, dejando abierto, por el contrario, un futuro muy incierto.

El contenido de las tres novelas no se relata convencionalmente sino a través de una técnica narrativa *caleidoscópica*, hecha de pequeños retazos, que sólo al final adquieren su total significado. Se requiere, pues, un receptor activo que deberá colaborar en la construcción del sentido, encajando todas las piezas del *puzzle*. La información que se nos va proporcionando es por acumulación, unas

veces avanza respecto al tiempo interno y otras retrocede. La protagonista se desdobra en narradora-emisora y narrataria o receptora interna, aunque otras veces ese “tú” a quien se dirige sea otro personaje. En cualquier caso, la *estructura de repetición* y el *ritmo intermitente* en la transmisión de las ideas y de los hechos se corresponde felizmente con el punto de vista narrativo: el de un cerebro que desde la semi-inconsciencia del despertar de un quirófano, rememora el pasado desordenadamente. Por eso el monólogo interior y el estilo indirecto libre son las modalidades narrativas mas usadas.

Sería muy interesante analizar en profundidad una serie de aspectos de las obras, como el lenguaje en general y el léxico en particular; el especial tratamiento del tiempo; la presencia recurrente de ciertos temas que vuelven cíclicamente a modo de *leitmotiv*, como podremos observar en el análisis, o que simplemente se repiten (las alusiones a los judíos); las coincidencias ambientales (por ejemplo, los momentos-clímax suceden con gran calor: fatalidad cíclica asociada al verano); los ribetes cuasi-simbólicos de algunos personajes, sucesos, animales, lugares o cosas (así, el guiso de palomas, que tiene una carga evocadora indiscutible, a modo de la *magdalena* de Proust), etc. Pero ahora me voy a centrar en la lúcida selección de referentes que hace la autora para transmitir tan cabal y entrañable retrato de toda una época y en una ciudad concreta.

## 2. EL ANÁLISIS

*Experiencias toledanas* es el título de mi estudio, con lo que de entrada ya queda acotado el alcance del mismo. Pero sólo desarrollaré algunas, la mayoría tienen que quedarse en el tintero por razones obvias de extensión. Los apartados que tengo previstos son los siguientes: El Greco, leyendas, turistas, fiestas y espacios.

### EL GRECO

Resulta cuanto menos curiosa la interpretación del estilo del pintor cretense que se deriva de la lectura de estas obras, aunque la verdad es que podemos circunscribirla casi a la última de las novelas.

Para empezar, se nos dice que la única excepción de la vocación del abuelo de la protagonista por todo lo toledano se da curiosamente respecto a El Greco: *“En este mismo momento estoy acordándome del disgusto permanente que tenía el abuelo con El Greco, de su empeño en apartarnos de su compañía, empeño más que sospechoso si tenemos en cuenta que lo que solía intentar por todos los medios era entusiasmarlos con cualquier forma de arte que pudiera apellidarse toledano. Nosotros, como no podía ser menos, manifestábamos por el pintor maldito un entusiasmo que estábamos bien lejos de sentir, poco podían importarnos ascensiones, asunciones y crucifixiones ni a la edad de las muñecas ni a la de los primeros coqueteos. El abuelo, sin pretenderlo, despertó nuestro morbo cuando ni siquiera sabíamos lo que significaba eso. Las vírgenes tienen un pasar; aunque no sean de dar mucha devoción por lo menos son decentes, decía. De lo que nadie va a conseguir convencerme es de que los santos, los apóstoles, los mártires y los ángeles que pinta no está puestos ahí para despertar las malas pasiones. [...] ya me diréis qué hacen en los altares todos esos mocetones con faldas alzadas y los muslos al aire, con el pecho y la espalda desnudos, esos santos viejos con los mantos remangados para enseñar los bíceps y los hombros fornidos...”* (p. 212 - III).

En el itinerario retrospectivo que la protagonista realiza desde la cama de su hospital, bastante al final de la última de las obras, el recuerdo agazapado de la infancia se abre camino, removido por la visión de un cuadro de la patrona del hospital: *“Una reproducción de la Inmaculada del artista a quien el abuelo, para dejar muy claro su punto de vista, llamaba pintor cretense, convencido, creo yo, de que cretense y cretino significaban lo mismo, cuelga frente a mí en la pared, como único adorno. Es, por lo visto, la patrona de la clínica a la que he venido a parar. Los dos ángeles adolescentes, uno tañedor de lira, otro de laúd, con las vestiduras por encima de las rodilla rosadas resultan, en efecto, más excitantes que piadosos.”* (pp. 213 y 214 - III).

## **LEYENDAS**

No son aquí simples documentos culturalistas, o no todas, por lo menos. Algunas están escogidas –según mi parecer– con una vocación polisémica más o menos velada. La pequeña protagonista se manifiesta como una forofa del pasado legendario de Toledo y cuenta con su abuelo como fuente de información y cómplice de continuas “visitas guiadas”. En la mayoría de ellas puede apreciarse un cierto distanciamiento desmitificador por parte de la narradora.

### **La del cuchillo de Nerón**

Es ésta la primera leyenda que nos sale al paso y su contenido guarda relación con esas conexiones a las que me acabo de referir, porque en ella se nos habla de una consecuencia de la Guerra Civil. Está enmarcada dentro de una de las citadas visitas, a la que también asiste la madre de la protagonista: ciertos rumores les llevan al convento de la Concepción. En la entrada se apoltona la gente, curiosa por la presencia de las autoridades locales; ante los bulos populares, el abuelo sentencia: *“están buscando el cuchillo de Nerón”*. Ávido de público, como es, se apresta a compartir sus conocimientos con el público y con su nieta, la cual confiesa que se dejó: *“fascinar por el relato del abuelo”*: *“Cuando llegó el Asedio, [...] las buenas hermanitas se vieron en la penosa obligación de huir con rumbo incierto. Pero antes de decir adiós para siempre a los muros que las cobijaban, ¿qué creen ustedes que hicieron? [...] Temerosa de que alguien pudiera registrarlas sin respeto a sus hábitos, buscaron un lugar seguro en donde esconder el único tesoro que de verdad lo era para ellas, el cuchillo de Nerón con el que, según cuenta la historia, fue degollado San Pablo* (p. 124 - I). El relato continúa aclarando que ante el peligro de que lo profanasen, las monjitas lo tiraron al pozo, cosa que sólo sabía el pobre demandadero mudo que tenían: *“Dios iluminó al pobre hombre para que rompiese su promesa de silencio y, antes de expirar, se lo contó a su anciana madre y ella puso en la pista al señor Cardenal, y el Señor Cardenal ha mandado que se encuentre el cuchillo”* (p. 126 - I). Y en ello estaban.

### **La del Cristo de la Luz**

No podía faltar la referencia a alguna de las leyendas que envuelven a este pequeño juguete arquitectónico de Toledo que es la mezquita del Cristo de la Luz, leyendas que hunden sus raíces nada menos que en un hecho tan trascendente para la historia de la ciudad como fue su retorno a manos cristianas: *“Subisteis a Toledo. Como vivíais en la Vega, a Toledo subíais y bajabais de Toledo; nunca ibais o veníais. Por las cuevas arriba, sin hablar, que es peor, ni correr, que es imposible, muda, por obediente hiciste una genuflexión ante la verja de la mezquita del Cristo de la Luz, plantando la rodilla en el mismo adoquín en que se arrodilló el caballo del rey Alfonso VI y cavando, cavando, encontraron el Cristo con su lamparillita encendida desde Dios sabe cuándo”* (p. 148 - I).

### **La de los alfileritos**

De esta popular leyenda podrían sacarse conclusiones sociológicas de la época en que transcurre el relato de Antolín, si no fuera porque aún hoy —en plena era de la robótica— se mantiene viva la tradición de pedir novio con el óbolo punzante de un alfiler. El femenino trío trepa por la cuesta del Cristo de la Luz desembocando frente a la hornacina: *“En la calle de los Alfileritos la vecina pidió a mamá que amainara porque estoy echando el bofe, hija. Os parasteis delante de la Virgen, prisionera de una reja y una tela metálica, con su lamparillita, y ¿qué vas a hacer? reprendió mamá. Pues ya lo ves, mujer, respondió la vecina, y se desprendió de la solapa del abrigo unos alfileres de los que usaba para las pruebas de modista y los echó a los pies de la imagen. Y allí se quedaron entre otros muchos que había y que por eso se llamaban, la Virgen y la calle, de los Alfileritos. Los echaba con cara de rezar, con los ojos entornados y un bisbis en los labios, y mamá impacientándose, como si la vecina estuviera haciendo una tontería muy grande y para colmo delante de la niña. Y ella nada, a lo suyo, hasta que no acabó lo que fuera ni siquiera os miró. Recogió la bolsa que había dejado en el suelo y desafió a mamá: me dijo una casadita, solterita no te cases, solterita estabas tú y bien te gustó casarte, y ya no volvieron a hablar, como si estuviesen enfadadas”* (p. 69 - I).

### **La del Niño de la Guardia**

Toledo, la ciudad de las tres culturas, conserva testimonios arquitectónicos de lo que fue aquella pacífica convivencia medieval. Pero también los tiene de lo contrario: las pinturas del

claustro de la catedral nos hablan de intolerancia racial, mensaje que cobra especial dramatismo cuando la protagonista las contempla junto a su amiga Raquel:

*“[...] te condujo por el mismo camino que ahora estáis haciendo juntas, por la calle Ancha y luego por el Hombre de Palo hasta el claustro de la catedral. Entrasteis y ella, un poco brusca, detuvo tus pasos que ya se dirigían hacia la puerta de entrada al templo. Te hizo dar la vuelta, levantar la vista y mirar.*

*Sobre el muro, rodeando el portón, comidas por los años y maltrato aparecen, inmovilizadas en plena acción, las figuras del drama. A la izquierda dos hombres bien vestidos, con túnicas, mantos y turbantes hablan entre sí, sigilosos. A la derecha, justo enfrente [...], se alza la cruz. Clavado en la cruz un niño de rizos rubios deja caer dulcemente la cabeza sobre el pecho abierto de un tajo sangrante. Apoyada en uno de los brazos de la cruz hay una escalera con un hombre subido a ella. Lleva entre los dientes un cuchillo tremendo. Con una mano, en escorzo violento, se aferra para no caer. En la otra lleva algo valioso que tiende con cuidado al compañero que, al pie de la cruz, lo recibe: el corazón palpitante del niño muerto.*

*Ya ibas a protestar que de sobra conoces ese mural, de Bayeu por más señas, el cuñado de Goya, qué te parece, cómo no voy a saberlo si desde que hice la primera comunión estoy recorriendo Toledo con mi abuelo, todos los otros murales son del mismo autor pero al abuelo el que más le gusta es éste que representa el martirio del Santo Niño de la Guardia, [...] que dice la leyenda que le asesinaron los judíos... ”* (pp. 196 y 197 - II). La presión de los dedos de su amiga, su mirada, le desvelan el secreto: acaba de descubrir que ella es de origen hebreo.

### **Las de Bécquer**

Todas las leyendas de Gustavo Adolfo Bécquer están entreveradas por la presencia del amor, interpretado desde distintas perspectivas, lo que es un lugar común para la crítica. Es lo que ocurre con las que están ambientadas en Toledo, de las que aquí, en este fragmento, se apuntan cuatro: *La ajorca de oro*, *El Cristo de la Calavera*, *El beso* y *La rosa de pasión*. No obstante, no será ese elemento —el amor— lo quede precisamente destacado en esta recomposición precipitada que toma cuerpo en la evocación. La información acerca del contenido de las leyendas se ofrece desde un perspectivismo que va mezclando el relato de los hechos en tercera persona por la protagonista-narradora, una cierta interpretación ideológica del abuelo a través de las palabras en estilo indirecto libre y la transcripción literal de fragmentos del texto becqueriano, como ejercicio de intertextualidad:

*“Con la lámpara de pinza que usa tu madre para coser de noche iluminas las páginas sobadas de las leyendas de Bécquer [...] en cuántas ocasiones el abuelo os ha señalado los escenarios reales donde el autor situó sus ficciones, el camarín de la Virgen del Sagrario, en la catedral, donde el infeliz Pedro Alfonso de Orellana quiso robar la ajorca de oro de la patrona de la ciudad para satisfacer el capricho de su amada María Antúnez que era hermosa, hermosa con esa hermosura que inspira el vértigo, pero caprichosa y extravagante como todas las mujeres del mundo, y así no es de extrañar que el pobre infeliz, que la amaba con ese amor en que se busca un goce y sólo se encuentran martirios perdiera la razón en el intento; El Cristo de la Calavera, que obró el milagro de encender el farolillo que alumbraba en aquella época, y alumbra aún, la imagen que le da su nombre para hacer comprender a Alonso de Carrillo y a Lope de Sandoval que no merecía la pena que tan nobles caballeros, iguales en cuna, valor y nobleza, pelearan por los favores de doña Inés de Tordesillas; El beso que tanto desazonaba al abuelo porque no queda claro a qué iglesia del convento completamente desmantelada se refiere, y que de cualquier modo le reafirma en su odio al francés que a principios de este siglo se apoderó de la histórica Toledo y no puede por menos que alegrarse de que la estatua del Conde de Fuensalida, Pedro López de Ayala, derribara con una espantosa bofetada de su guantelete de piedra al estúpido oficial de la nación vecina que se atrevió a tocar con sus labios de borracho los de la condesa, su esposa doña Elvira de Castañeda que estaba arrodillada en el sepulcro con las manos juntas y la cara vuelta hacia el altar, tan bella que ni el deseo pudo pintarla en la fantasía más soberanamente hermosa. Picoteabas aquí y allá... [...] abres el libro por donde te interesa y lees: En una de las callejas más oscuras y*

tortuosas de la Ciudad Imperial, empotrada y casi escondida entre la alta torre morisca de una antigua parroquia mozárabe y los sombríos y blasonados muros de una casa solariega, tenía hace muchos años su habitación raquítica, tenebrosa y miserable como su dueño, un judío llamado Daniel Leví.” (pp.198 y 199 - II).

### **La del Cristo de la Vega**

Camino del puente de San Martín para asistir al primer baño de la temporada, el abuelo les va explicando los monumentos que se divisan, al tiempo que les relata las leyendas que les salen al paso. Y ninguna tan querida por los toledanos como la que se refiere al Cristo del brazo desclavado, al que José Zorrilla –*A buen juez, mejor testigo*– dedicara sus sonoros versos. No menos ampuloso es el estilo del abuelo que se crece cuando tiene que relatar estos amores románticos legendarios: “[...] y luego os exigía que cambiarais el rumbo de los ojos para enfocar a la derecha, allá a lo lejos, en la florida Vega, el Cristo de la ídem, que si dispusiéramos de tiempo nos acercaríamos a verle, con su brazo colgante desclavado de la cruz y la mano yerta que se posó solemne y milagrosamente sobre el evangelio y unos labios de piedra se abrieron en divina afirmación: ¡Sí, juro!, ululaba el abuelo con la mandíbula desencajada, y don Diego Martínez, el olvidadizo, se precipitó hacia doña Inés de Vargas, la bella toledana de alma española y sangre agarena que se había rendido al amor que ahora la despreciaba...” (pp. 140 y 141 - I).

### **La del baño de la Cava**

Como continuación secuencial del fragmento anterior nos sale al paso otra alusión a la leyenda, aunque sea una alusión fugaz ya que se nos relata desde un receptor poco motivado para escucharla: los chicos están impacientes por llegar al baño y las “batallitas” del abuelo no les interesan en ese momento. La secuencia resulta muy interesante porque es una muestra más de cómo lo cotidiano se enquistaba y convive con lo legendario e histórico (la esencia de Toledo, en definitiva): “[...] y nadie hacía caso del abuelo porque no era ocasión para esas emociones, que bastante teníais con aquietar la que os bullía en el pecho a la vista de las aguas relampagueantes en las que os ibais a sumergir, las mismas en que se bañaba la bellísima mora de sobrenombre Cava, cambiaba de tercio el abuelo en vista de que no teníais el ánimo para truculencias. Os permitía descansar un momento y asomaros al pretil del puente para que fijaseis vuestra atención dispersa en las ruinas del torreón junto al que la bella Florinda, hija del conde don Julián, se reunía con don Rodrigo, el último rey godo, que prendado de su singular hermosura, la requería de amores...” (p. 141 - I).

### **La de la mujer del alarife**

Y en el mismo puesto de baño, al pie del puente de San Martín, otra vez el abuelo intenta abrirse una brecha en la atención –ahora desviada– de sus nietos: “Os prometió que, de regreso o a lo largo de la mañana si es que llegabais a aburriros, os descubriría de quién era la cabeza que se adivinaba en lo alto del puente, la efigie de la esposa del arquitecto que una noche, exponiendo su vida, quemó el armazón para que nadie se enterara de que su marido había cometido un error garrafal, y cuando el puente, ya sin armazón, se hundió con gran estrépito, todos pensaron que fue culpa de un rayo y ya entonces el arquitecto lo planeó mejor...” (pp. 141 y 142 - I).

### **La de San Ildefonso**

El santo patrón de Toledo y el milagro de la imposición milagrosa de la casulla es un icono que se repite generosamente por la ciudad de Toledo y, fundamentalmente, en la catedral. San Ildefonso es un nombre que aparece en las colecciones de milagros marianos más importantes de la Edad Media, como es sabido; es decir, tiene una larguísima tradición literaria. Ahora Antolín rescata el viejo tema piadoso localizándolo en la catedralicia capilla de la Descensión, dándole un enfoque

desmitificador no sólo en el fondo sino también en la forma. Para comprenderlo con precisión es preciso situarse. Transcurre la secuencia en la última parte de la trilogía, cuando la protagonista vive ya en Madrid: mientras prepara café la tarde en la que sufrirá una crisis cardíaca, tiene la visita de una especie de “duendes” del pasado que, instalados en su memoria desde niña, confiesa que retornan cíclicamente, que se le cuelan por todas partes y que sólo le queda el remedio de repetirlos mecánicamente hasta que el uso los desgasta momentáneamente: *“Cuando la reina del cielo / puso los pies en el suelo / en esta piedra los puso / de besadla tened uso / para más vuestro consuelo, paladeé mientras sorbía el líquido hirviente, entregada a la desesperante cantinela que en mala hora se me ocurrió grabar en la memoria [...] más me hubiera valido dejar el poema ingenuo donde estaba, escrito bellamente en una cerámica enmarcada para llevar la atención de los fieles hacia la piedra desgastada por el roce de los dedos: «Tóquese la piedra diciendo con toda devoción: veneramos este lugar en que puso sus pies la Santísima Virgen», y allí estaba, en efecto, la Virgen apareciéndose a San Ildefonso y entregándole con sus propias manos una casulla de mármol, tan bonita. [...] Desde aquella visita a la catedral toledana no consigo quitarme de encima los versitos”* (pp. 74 y 75 - III).

## TURISTAS

En una ciudad como Toledo el “turista” forma parte del paisaje urbano desde tiempo inmemorial. Pero aparte de su color local, en estas novelas podemos encontrar también sutiles elementos significativos, entre ellos el servir como termómetro para medir conductas autóctonas o la inclusión de fugaces juicios sobre la realidad política.

Llevado el tema por el carril de la ironía esperpéntica, con toque de realismo mágico, el resultado puede ser el siguiente: *“Aquella noche contó el abuelo que, a las cinco en punto de la tarde, una turista que llevaba un vestido de nailon, de esos que están de moda, estaba quieta al sol en medio de las ruinas del Alcázar, cuando de pronto, ¡zas!, ardió como una tea. Y que se la llevaron, negra como un tizón, al 18 de Julio, ese dispensario tan famoso del que, precisamente la semana pasada, se había celebrado en toda España la Fiesta Nacional”* (p. 30 - I). No es inocente que la niña protagonista se confunda y crea que la fiesta es en honor del citado hospital.

Pero más interesante resulta el siguiente fragmento; primero, porque se entrevera una sutil alusión a la educación del momento: *“Vosotros, en el fondo, no queríais ser niños santos. Queríais ser niños extranjeros.* (p. 45-I), cita que viene a colación después de que el párroco les hable a las niñas de Santa María Goretti, incitándolas a imitarla (aunque no consiguen que los mayores les aclaren la causa de su muerte, en un claro escamoteo de la verdad completa); y segundo, porque expresa reacciones ante un contacto directo, en una divertida secuencia que radiografía el talante provinciano. A esos niños catequizados se les pone delante algo más digno de admiración:

*“Fue entonces cuando apareció por la calle solitaria el coche tan enorme con la casita a rastras y todas las luces encendidas. [...] se abrió la puerta y dentro estaban la mesa, la cocina, las camas y un gato blanco con un cascabel en el cuello. [...] Y salieron el hombre y la mujer con pantalones cortos, con todos los pelazos en las piernas, dijo después la vecina refiriéndose al hombre; con todas las piernazas desnudas, dijo el abuelo refiriéndose a la mujer. Y los tres niños con blusas de colores y descalzos se quedaron sentados en las escalerillas, como gitanos, dijo mamá. Ya, ya, como gitanos, pensasteis vosotros. Y hablando en extranjero, en qué hablarían que nadie entendió nada aunque todos querían ayudarles a gritos cuando fueron al bar, éstos lo que tienen es hambre atrasada; decían los mayores por decir algo. Ni franceses ni italianos son, a ver si los entiende Fernando, que ha estado en la División Azul. Y tampoco entendía el camarero.*

*Y tú de pronto cruzaste la mirada con la mirada del niño que parecía una niña y a lo mejor lo era, y viste en sus ojos un asombro como el tuyo, clavados en tu vestido blanco con bodoques, y en tus sandalias blancas de charol, en tus calcetines blancos de perlé, sonriéndolos las dos, amigas de repente y envidiosas la una de la otra.”* (pp. 45, 46 y 47 - I).

Otra secuencia jugosísima manifiesta la inocente confusión de las mentes infantiles acerca del concepto “extranjero”. Surge a raíz del rumor que se ha difundido sobre la actividad académica de



uno de los profesores del Instituto, don Guillermo, denunciado por haber hablado a sus alumnos de las estatuas clásicas desnudas: *“Unas y otras os confesasteis después que habíais creído que al hablar de los griegos el abuelo se refería a los turistas que en esta época andan por vuestras calles, ellos con pantalones cortos y ellas sin medias y sin mangas, y así intentan entrar en la catedral y en el Alcázar, qué inocentes, hasta que los echan, tú verás, y a veces hasta los llevan a la comisaría entre dos guardias. A ti cuando los ves trepando sudorosos por las cuevas, medio ahogados por el peso de las máquinas de fotos, sudando la gota gorda, te dan ganas de advertirles que es mejor que no lo intenten, porque vosotros, los españoles, sois muy decentes, y aunque no lo fuéramos da lo mismo, de todas maneras ni los curas ni los guardias les van a dejar pasar.”* (p. 102 - II).

También los turistas sirven al abuelo de conejillo de indias para experimentar sus dotes de erudito local en Santiago del Arrabal: *“Porque no era la primera vez que algunos extranjeros entraban al terminar la misa a curiosear un poco por la iglesia. Y, si andaba por los alrededores, el abuelo se ofrecía a explicarles que este hermoso templo de Santiago el Mayor es del siglo XII, y que miren ustedes las ventanas moras que se llaman a-ji-me-ces, y que moro quiere decir infiel pero en cristiano. Lo malo era cuando los extranjeros daban alguna muestra de entenderle, que menos mal que casi nunca. Entonces el abuelo perdía los estribos y los llevaba al trote, hasta situarlos debajo de aquel púlpito que os gustaba tanto porque parecía un merengue. Empezaba muy suave a contarles que estaban delante de una joya y que miren, miren estos dibujitos, bellísima labor mudéjar. Porque el abuelo, si hubiera querido, mejor que muchos guías oficiales podía explicar Toledo, decía él. [...] Desde este hermoso púlpito que ven con sus propios ojos, les gritaba, predicó un día San Vicente Ferrer la guerra santa, y bajando por esa misma escalera se puso al frente de los fieles cristianos y españoles de esta parroquia que, armados con piedras y palos que fueron recogiendo en el camino, llegaron hasta la Sinagoga de Santa María la Blanca, que ustedes ya habrán visitado, y pillando desprevenidos a los judíos extranjeros, los arrojaron desde la Roca Tarpeya”* (p. 21 - I).

La visión obtusa sobre el turista que aquella sociedad provinciana podía tener, se completa con una breve pincelada, una broma hilarante: don Pascual, el párroco de Santiago del Arrabal, hace un mural con el lema “Los peligros del mundo”. Para nuestra sorpresa, no son “mundo, demonio y carne”, sino “*Short-Piscinismo-Existencialismo*”. Efectivamente, en el dibujo, el enfado divino se materializa a través de tres rayos que se dirigen, respectivamente, a “*un pantalón corto*”, a “*una camiseta de tirantes*” y a “*una cabeza con barbas y con gafas redondas y una pipa*” (p. 20 - I).

## **FIESTAS**

Sin pretender llegar a un análisis antropológico ni por aproximación, con una superficial mirada podemos deducir algunas cuestiones básicas. En primer lugar, el calendario festivo a que se hace referencia en las novelas es bastante previsible desde el punto de vista de los ciclos anuales, con especial incidencia en la primavera.

### **Semana Santa**

Desde un punto de vista cronológico las primeras fiestas a la que se alude en la trilogía (fundamentalmente en *La gata con alas*) son Navidad y Año Nuevo. Pero no tienen una transcendencia excesiva en cuanto a lo “puramente toledano”. La Semana Santa en este sentido es más interesante ya que requiere una proyección más social a través de las procesiones y, sobre todo, refleja ciertos prejuicios raciales:

*“Tú, a falta de algo mejor, te habías propuesto amar al Monumento. Visitasteis todas las iglesias de Toledo y en cada una estaba Dios esperándote, tan solo y prisionero, pobrecillo, oliendo*

*todas aquellas flores, pensabas sincerísimamente compungida, respirando como un pez asfixiado aquel olor caliente, picante como una cataplasma, sonándote los mocos, limpiándote las lágrimas escocidas, hasta que terminaste por creer, como creyó mamá, que tu alergia era pura devoción. [...] hay que ver con qué saña se te grabó en el alma el mecanismo de contención del dique de las lágrimas. Las sentías llegar, como una ola, al ritmo amedrentante de la procesión, por aquellas calles empedradas que no son para andarlas los cristianos, decía el abuelo, sino para los judíos con sus patas de cabra, como el demonio. Ahí llegan, míralos, míralos, con los ojos bizcos y las bocas desdentadas, jescúpelos, escúpelos, clavando al buen Jesús en la cruz, atándole a la columna, pegándole latigazos, coronándole de espinas. Y Pilatos lavándose las manos, que a ti te parecía que no venía a cuento.” (pp. 70 y 71 - I)*

Culminación de los días tristísimos de luto oficial que en la época suponía la Semana Santa es el Domingo de Ramos, vivido como ritual de liberación. La evocación de la fiesta no es por motivos religiosos sino como cumplimiento ritual de una tradición: “ [...] ¿qué estrenaremos el Domingo de Ramos?, tenemos que recordárselo a mamá porque ya sólo falta una semana. A lo mejor sandalias de tiritas, rebecas de angorina, vestidos de organdí, cancanes de batista. Calcetines, auguró Sani. Y acertó, claro, porque eran malos tiempos” (p. 93 - I). Las carencias económicas neutralizan las expectativas de los pequeños y ensombrecen sus ilusiones.

### **El Corpus**

La fiesta de las fiestas toledanas no podía faltar en la evocación de la protagonista. El viernes de la semana anterior –hablamos de 1950– se había examinado de Ingreso en el Instituto. En un pasaje delicioso, por su ironía, ella relata el acontecimiento desde su mirada ingenuamente infantil:

*“Si teníais tantas ganas de que llegara el Corpus, no era, como creía el abuelo, porque tres jueves hay en el año que relucen más que el sol. Ni porque el Señor se dignara pasear por las calles como tú y como yo, ahí llega, ahí está, todos al suelo de rodilla en las piedras de punta, un sacrificio pero qué importa, y era verdad que no era eso lo malo, lo peor es que no le ves, al Señor, después de tanto jaleo con las motos, el batallón ciclista, los soldados, los chicos de la Fábrica de Armas, los niños de Primera Comunión y los caballos echando chispas, y no le ves, por más que te desojas.*

*Ves al curita arrastrando la capa y dando tumbos delante de la Custodia, toda de oro, con lo que vale un pendiente, que mamá perdió uno de soltera y todavía lo cuenta. Y detrás los cuatro fortachones, como titiriteros que llevan en volandas un sillón por si el cura, el Cardenal Primado te reprende el abuelo cuando tú le preguntas, es ya tan ancianito que a lo mejor necesita sentarse. [...] Pero ni se sentó ni se cayó y, sin embargo, un cadete de los que ponían de adorno al borde de la acera rebotó de pronto contra el suelo, tieso como una escoba. Y sin soltar la bayoneta, dijeron después todos con mucha admiración.”* (p. 31 - I).

Ahora bien, de nuevo, como en el caso del Domingo de Ramos, la razón de la ansiada espera del Corpus no es religiosa, sino más “mundanal”. Porque esta fecha marcaba el pistoletazo de salida –en el más pacífico de los sentidos– para inaugurar oficialmente “la temporada de verano”:

*“Pero a ti, si te gustaba el Corpus, era tan sólo por el vestido blanco.*

*Una tarde, cuando aún no hacía calor de verano, llegó el asistente con un paquete grande y muy bien embalado. [...] Lo que esta vez salió del envoltorio fue un rollo de lienzo moreno, duro y áspero como un cartón. Y en los bordes estaba escrito EJÉRCITO DE TIERRA EJÉRCITO DE TIERRA EJÉRCITO DE TIE...*

*El trapo aquel, grande como tres sábanas, anduvo por medio mucho tiempo, y ya nadie preguntaba que para qué iba a servir. Pasaba del balde de lejía a la cuerda de la ropa, y en cuanto se metía el sol, otra vez a remojo. Hasta que poco a poco fue palideciendo y ablandándose y éste ya es otro cantar, dijo la vecina, y se fue con la tela. Durante muchos días sólo supimos de ella por el ruido apagado del pedal de la máquina. Hasta que una mañana sonó en la puerta el repique de sus uñas tan largas [...] Y allí estaban los tres vestidos blancos, con mangas de farol y toda la pechera cuajada de bодоques. Y los lazos de terciopelo azul, como las niñas ricas.*

*Qué más hubieras querido tú que tener aquel vestido para lucirlo el día del examen, pero ¿quién estrena antes del Corpus?, dime tú de una niña a la que hayas visto ya con los vestidos nuevos de verano, a ninguna has podido ver, insistía mamá.”* (pp. 32 y 33 - I).

## **Virgen de Agosto**

La fiesta religiosa de la patrona de Toledo tenía en las décadas de los cincuenta y sesenta más calado social que ahora, y no me refiero sólo a la manifiesta descristianización actual, sino también porque casi nadie podía permitirse el lujo de veranear. En definitiva, las fiestas se vivían con más emoción (aunque a veces los niños se aburrían):

*“Desde principios de mes ibais todas las tardes a rezar la novena por las intenciones de mamá, con las rebecas de perlé pegadas en los brazos sudorosos. Bajo un sol que enmudecía a los pájaros, subíais cuesta arriba flotando como en las pesadilla, y al llegar al convento de las Siervas de María, Ministras de los enfermos, el frescor del portal era una bendición del cielo y hasta mamá, tan sacrificada, se permitía un suspiro al entrar en la umbría de la capilla, con la música del armónium, que era una música con hipo y sólo las monjitas, encarceladas detrás de las rejas, eran capaces de seguir con sus vocecillas estranguladas aquel ritmo temblón, mi corazón en ti confía, Virgen María, sálvame, salvameeeee, a ver quién aguantaba más, os habíais apostado cuando ya la monotonía os abrumaba y empezabais a contar los días al revés. Y Sani, que había resultado campeona, en vez de un premio se ganó un capón.*

*El día de la Virgen, justo en mitad del mes, llevasteis las palomas en ofrenda a la procesión, con las patas sujetas con las cintas azules del vestido del Corpus. Al paso de la Virgen, en el callejón de las Airosas, las lanzasteis al vuelo y ellas, criaturas de Dios, se conmovía el abuelo, después de un titubeo azorado se fueron a posar a los pies de la imagen, entre velas y flores.” (pp. 143 y 144 - I).*

Asociada a la fiesta de la Virgen del Sagrario, como no podía ser menos, se encuentra la feria de agosto. Desde la casa de la protagonista (en los Bloques) se escucha el rumor de la misma, instalada en la Vega:

*“[...] se os pasaron las horas muertas tomando decisiones transcendentales frente a un paisaje rutilado por las luces cercanas de la feria, batido por los tiros al blanco y acunado por el ulular del carrusel de la Ola. ” (p. 145 - II).*

Y de nuevo la vinculación de una festividad con la necesidad de renovar el vestuario: estamos en el verano de 1954 y “no hay modo de embutirte en los vestidos de niña”, se dice de la pequeña protagonista (p. 160 - II). Los nuevos (camisero de rayitas y falda y blusa de batista con bodeques) se los confeccionarán las monjitas de Jesús y María:

*“Por un momento, de nuevo bajo el sol, te parece que los adoquines recalentados se hunden bajo tus pies. Pero el paquete pulcramente envuelto que llevas en los brazos te devuelve la paz [...] en cuanto llegue a casa enchufó la plancha y me pongo a planchar mis vestidos nuevos y luego me los pruebo y esta noche estreno el que más me guste, qué problema tan grande, para ir a la feria. Porque has sabido de muy buena fuente que el niño violinista está en Toledo y que esta noche, quién sabe si por verte, se paseará por la Vega.”(p. 168 - II).*

La autora combina con arte la descripción de las atracciones tópicas, las sensaciones bulliciosas del recinto ferial, la “orgía” en el sentido lúdico, con la ensoñación de la historia de amor adolescente de la protagonista:

*“Que nadie intente convencerte de que el lujo de colores y cohetes que reventó en el cielo en ese mismo instante no estaba preparado desde la eternidad para vosotros dos.*

*Cuando volviste en ti, él ya no estaba. Tus amigos enloquecen en el carrusel y te llaman, te hacen señales y acudes a ellas y entras en la excitación del subir y bajar y volver a empezar y gritar, ulular y seguir, seguir, seguir y no querer parar y atravesar los mares en un barquito chiquitito que no quería navegar” (p. 178 - II),*

*“ [...] la bruja sale corriendo de su túnel y te da un escobazo. La bruja que nunca viste cuando tenías edad de montar en aquel trenecito, porque jamás te atreviste a abrir los ojos. Ahora que los tienes abiertos esquivas el golpe juguetón y descubres que no es más que una mujer cansada, con las medias negras sujetas con ligas por debajo de las rodillas y un mandilón y un pañuelo negro a la cabeza como los que usa la tía Justa, y hasta la escoba es idéntica a la que hay en casa detrás de la puerta de la cocina y te entra una pena muy grande, una rabia que no sabes contra quien. Para calmarla eliges los caballitos, que no engañan. Suben y bajan espejeantes y bellísimos ” (p. 179 - II)*

*“Volviste a la carpa, y no hay nadie esperándote y al acercarte a la pista de los coches de choque ves, sin dejarte ver por ellos, a los que andabas buscando, embistiéndose unos a otros, divertidos, abrazándose sin ninguna pena por ti*

*Un poco más lejos está el circo y su música y en las cercanías se exhiben los animales salvajes, boa y pitón deletrea el hombre que va en fila delante de ti. Serán macho y hembra, considera sabiamente la mujer ignorante que le acompaña, y tú contemplas agradecida sus aires de paleta [...]*

*Ligera como el algodón dulce que selló el reconocimiento y cuyas huellas puedes sentir aún en los labios vas en busca de tus amigos, porque ahora ya sí que está empezando a apagarse la iluminación policolor como la llamó el periódico, la novedad que los toledanos habéis estrenado este año y de la que, según dice la radio todo el tiempo, os sentís muy orgullosos. Alarmada por la desbandada repentina te abres paso a codazos entre gentes que se van pero que no quiere irse, con este bochorno no dan ganas de volver a casa, lamenta una mujer voluminosa que te cierra el paso, y sus niños corean que tampoco ellos quieren marcharse, que por qué no nos quedamos un poco*

*más, que las barcas todavía siguen funcionando, y las casetas de tiro, y que aún no ha terminado la función en el teatro de la Manolita Chen.*

*Hacia allí te encaminas. Un poco apartado, más allá de los tiouvivos de los niños pequeños, más cerca del asturiano que escancia incansable un culín de sidra y que parece un hombre de verdad, de las ruletas que obsequian como premio un botellín diminuto de coñac Soberano, se alza el tinglado luminoso, Manolita Chen, varietés, dicen las luces parpadeantes, ahora rojas, ahora verdes.*(p. 181 - II).

Llegados a este punto, se cuela en el discurso de la protagonista la evocación del tribunal familiar que había catalogado previamente a este espectáculo. La moralina provinciana de su madre se alza inquisidora frente a la opinión más tolerante de la vecina y la cuña del abuelo: *“Opina mamá que es una vergüenza que hayan traído eso a las fiestas. Todas las madres opinan lo mismo [...] Parece que salen señoras medio vestidas, comentó la vecina. Querrás decir medio desnudas, puntualizó mamá. Y añadió: Y lo de señoras ya será menos. Pelanduscas, diría más bien yo. A cualquier cosa llaman señora y a cualquier cosa llaman varietés”* (pp. 180 y 181 - II).

Las alternativas que se proponen a continuación resultan ser una compilación de lo más granado de la cartelera de la época: Estrellita Castro, Marisol Reyes, Kim y Kiko, Los Colombianos, Los Tres Chispitas, Angelillo... Y Rita, la vecina, comenta que no sabe por qué se toma la madre tan a pecho lo de las cabareteras: *“no es para escandalizarse porque las coristas salgan con unas mallas color carne pegaditas al cuerpo, no sé a qué viene tanto alboroto.”*(p. 183 - II). Y añade el abuelo: *“Además de las coristas hay unos hombres que cuentan unos chistes de baturros muy graciosos”* (p. 183 - II). Pero la censura materna le amordaza, impidiendo que cuente uno que se sabe.

## ESPACIOS

Es éste un complejo apartado que nos exige hacer matizaciones: hay itinerarios emocionales y artísticos; los hay reales y simbólicos.

Antes de analizar los distintos ambientes, lugares y monumentos que aparecen más o menos dilatadamente en la obra, conviene hacer algunas matizaciones acerca de la voz que informa. Recordemos algo que ya se insinuó al comienzo: es un personaje, el abuelo, quien suele actuar como “intérprete” de los monumentos y lugares, porque se atribuye el papel de *cicerone* y *mentor* de los niños, explicándose con un estilo ampuloso que ellos muchas veces no comprenden, aunque les impresiona. De él es el lema *“cuesta arriba siempre se acaba en la catedral y cuesta abajo siempre se termina en el Tajo”* (p. 43 - II). O su repetido *“Hay tres Toledos, uno dentro de otro”*. Parece razonable pensar que la autora, para configurar a su criatura, pudo servirse de algún material de la realidad, el erudito local de turno, entreverado de guía aficionado, que nunca falta en este tipo de ciudades.

Es el abuelo responsable, en buena medida, de los sentimientos hacia la ciudad que tiene la protagonista: *“La culpa la tiene el abuelo que os ha dejado solas y no le importa nada lo que os pase, solas frente al embrujo entrevisto de la ciudad que os ha enseñado a amar y que os llama con la fuerza irresistible del pecado”* (p. 43 - II).

Cuando el anciano se pone mustio por cuestiones sentimentales y no les lleva de paseo, es nuestra protagonista la que toma el relevo para guiar a sus hermanos o para satisfacer su propia curiosidad: *“[...] empezaste a vivir con tus hermanos la aventura de descubrir, con vuestros ojos, lo que tantas veces habíais contemplado a través de las gafas del abuelo”* (p. 37 - II). Y comienzan las “correrías de riesgo”.

Pero también ella asume el papel de cicerone ante el joven violinista, su amor adolescente, durante su reencuentro: *“[...] él te escuchó derramar tus preciosos conocimientos sobre la ciudad amada [...] y no podías evitar el hablar con palabras del abuelo, hay tres Toledos...”* (p. 202 - II). Y le suelta toda su erudición sobre la puerta de Bisagra y el barrio de las Covachuelas. O cuando regresan juntos a la ciudad, ya de adultos, y le enseña la iglesia de Santiago: *“[...] te conduje hasta aquella iglesia mudéjar del siglo XII y te sorprendí con el descubrimiento de que estaba dedicada al santo de mi apellido: se decora con dos órdenes de arquerías ciegas y dobladas, en ladrillo, la*

*superior de arcos tímidos y la inferior angrelados, rematados por frisos de esquinillas”* (p. 232 - III). En aquella ocasión estuvieron hospedados en un *“un hotel de horribles pretensiones medievales que tiene una vista sobre la ciudad árabe por la que se le puede perdonar cualquier pecado.”* (p. 231 - III).

Cuando no es el abuelo quien suministra la información, la curiosidad de la protagonista busca otras fuentes más casuales, como las revistas extranjeras rescatadas del repecho de la ventana de la despensa: *“Después, en la paz precaria del cuarto de baño, te diste de bruces con las momias mal cubiertas de hábitos harapientos, esqueletos con toca, con bonete, con mitra, apoyados contra la fachada inconfundible de San Juan de los Reyes: La guerre de l’Espagne, estaba escrito debajo de las fotos”* (p. 39 - II).

Las alusiones a espacios o lugares concretos de la ciudad a través de las tres obras es abundantísima, sobre todo en las dos primeras, por lo que me centraré en los que, a mi juicio, tienen una mayor transcendencia para el desarrollo argumental. Pero antes de ello mencionaré de pasada los restantes.

Y son las calles toledanas uno de los más repetidos, con su morfología inconfundible y con su bullir ciudadano, como verdaderas arterias: *“Emprendisteis el camino de vuelta andando precavidos para no resbalar en aquel empedrado diabólico. De ventana a ventana pendían las coladas crujientes, pantalones inflados, camisones con los brazos en cruz, faldas con todo el vuelo abierto, sábanas como lápidas.”* (p. 126 - I).

U ofreciendo su solitario frescor durante la canícula veraniega: *“Quedamos en la puerta de Bisagra y subimos [...] hasta los alrededores de La Catedral. No había un alma bajo el fuego de agosto, sólo nosotras dos y el eco de nuestras sandalias en el empedrado, no hay otra ciudad como ésta, me decía a mí misma, tan acostumbrada estaba de oírsele al abuelo. Una ciudad parada en el tiempo, con todos sus misterios sin desvelar”* (p. 192 - III).

Pero también encontramos aquí y allá otras referencias:

- Establecimientos como la librería de la calle Ancha, donde se puede hojear el libro *La iglesia toledana*, de don Guillermo Téllez (p. 94 - II). O la popular plaza de Abastos. E incluso una conocida tienda de modas.

- Asimismo, instituciones como el casino, cenáculo de la tertulias políticas del abuelo de la protagonista (p. 138 - III).

- O los más lejanos merenderos de cañizo a las afueras, en los que su padre tiene encuentros clandestinos (p. 162, 163 - III).

- También el detalle tan toledano del mirador, concretamente uno que da a la calle Ancha (p. 84 - III).

### **Lugares de ocio y diversión**

Resultan sumamente interesantes por su carácter de espacios colectivos, lo que permite tomar el pulso a la población en general y al círculo de la familia protagonista en particular.

## De bares

La primera referencia a este tipo de establecimientos se sitúa en la mañana de alterne que pasa la protagonista con su padre, a la salida de misa en Santiago del Arrabal, después de haber aprobado el examen de Ingreso. Resulta sumamente interesante desde el punto de vista argumental (por el momento vital que recoge) así como por la cabal captación de esos ambientes y la reproducción de su léxico:

*“Un domingo al salir de misa, papá te llevó con él a dar una vuelta, que no era lo que tú te imaginabas, sino ir a muchos bares. En «Los claveles», que fue el primero, al lado de la Puerta de Bisagra te invitó a un vaso pequeñito de cerveza, una pochola se llamaba; nunca después lo has visto ni oído en otro sitio. El dueño del bar te dio la mano como a los hombres, por encima del mostrador, y se mojó la tripa de tanto como tuvo que asomarse. Papá dijo que pusieran una ronda, que era vino en muchos vasos para todos los que estaban en el bar, y el que te dio la mano se lo bebió de un solo trago, y dijo que lo hacía para que tú tuvieras buena salud. Papá aseguró que ibas a ser maestra, que tú no querías, pero todos aquellos hombres sí que querían que los fueras, y también querían verlo, dijeron. Y papá pidió otra ronda y tú no sabías que hubiera en Toledo tantos bares como viste aquella tarde. Y cómo lo ibas a saber si nunca salías con papá, y con mamá pocas veces, pero mamá no bebe porque es una señora, y con el abuelo sí que salías, pero siempre para ver la catedral, qué manía. Luego a ti ya sólo te dieron a beber gaseosa, pero papá siguió pidiendo pocholas y chatitos y se olvidó de hacerte maestra y te hizo primero catedrática y más tarde académica, que te gustaba menos todavía que maestra, porque sólo conocías una Academia y era de Corte y Confección.”* (pp. 16 y 17 - I).

A la luz de lo que ocurrirá unas semanas más tarde –la marcha misteriosa de su padre– las elucubraciones bromistas sobre el futuro de la protagonista se cargan de tintes sombríos. Pero antes de que ocurra aquello encontramos otra ilustrativa secuencia en la que sorprendemos a los vecinos del barrio nuevo de los Bloques celebrando a su manera la fiesta grande de Toledo:

*“Ellos, los niños extranjeros, aparecieron por la noche el día del Corpus, en la casa rodante, enfrente del bar Avenida. Como era tanta fiesta y hacía tanto bochorno, estaba todo el mundo en la calle, hasta mamá, que salía tan poco, con papá y la vecina y el abuelo, y también los padres y las vecinas y los abuelos de los otros niños del barrio, sentados todos al aire libre en la terraza del bar, con vino y gaseosa y aquella cerveza que tú no habías probado todavía y parecía tan rica, con la espuma blanca tan fresca, como chupar la nieve pero mucho mejor.*

*A los niños os dieron un cucurucho de patatas fritas y estabais comiéndolas muy formales sentados en el pretil del soportal, lejos de los mayores para no molestar, os decían, y vosotros encantados”.* (pp. 45 y 46 - I).

## La Vega

El parque de Toledo por antonomasia no sólo aparece con motivo de las feria de agosto, como ya se indicó. Además de esta función lúdico-festiva sirve de escenario a otros acontecimientos sociales esporádicos: allí es donde la multitud espera la llegada de Federico Martín Bahamontes (pp. 209, 214 y 215 - II) para recibir un homenaje en su ciudad (1954). Pero, sobre todo, es el escenario de los juegos infantiles durante todo el año. El funcionario municipal de la Vega queda metamorfoseado en personaje terrible para la mentalidad infantil a partir de que su vecina cortó un día la rabieta del hermano pequeño amenazando con llamar al inofensivo personaje. El proceso madura con el añadido de la fantasía de los niños, convirtiéndole a él y a su casa en materia prima de cuento:

*“[...] procurabais no pasar cerca de la casita de corcho y de madera donde vivía Donato, [...] el guarda del jardín, con su traje de enanito del bosque y su sombrero con una pluma tiesa”* (p. 44 - I).

*“[...] yo andaba jugando por aquí con mis hermanos a que ésta era la casa de Blancanieves y nosotros éramos los enanitos. Íbamos agachados por entre los arbustos y cuando venía Donato,*

que es como se llama el guarda, nos escondíamos porque él era el cazador que mandaba la madrastra a buscarnos” (p. 208 - II).

### **Los baños en el río**

Con la llegada del caluroso verano de Toledo, bañarse en el Tajo se convierte en todo un ritual, todavía no se había instalado la primera piscina:

*“Porque al fin había cuajado la promesa de todos los veranos y os iban a llevar a bañaros al río, cerca del Puente de San Martín, frente al Baño de la Cava, si la vecina terminaba, antes de que llegaran los fríos, la tarea penosa de encoger, a fuerza de gomitas, aquel pedazo de cretona tiesa con el que se estaba confeccionando un traje de baño. Tendría bemoles que para un santo día en todo el santo año que voy a tener ocasión de lucirlo, se encrespaba, me dejara yo la hijuela en Nodal Modas”* (p. 135 - I).

Los niños, acompañados por el abuelo y la vecina Rita, se preparan para la caminata entre los Bloques y el puente de San Martín (como queda dicho en el apartado de las leyendas). Pero antes, el toque sociológico, la velada censura moral, muy acorde con el espíritu de la época, de otra de las vecinas: *“Por fin partió la expedición y mamá os leía una y otra vez la cartilla, no hagáis esto ni lo de más allá, que no me entere yo, y nadie la escuchaba porque bastante duro era ya contener el paso en lugar de saltar de tres en tres los escalones. La madre del seminarista abrió su puerta en el momento en que pasabais junto a ella [...] y ante el interrogante de su boca fruncida, el abuelo admitió que él no se iba a bañar, que se limitaría a remangarse un poquito las perneras del pantalón. Hará usted muy bien, concedió la vecina meticona mirando a Rita. Hará usted muy bien, porque, en mi modesta opinión, los únicos que pueden andar en cueros sin ofender a Dios son los negritos africanos”* (p. 139 - I). Y los niños le responden entonando la canción del cola-caó, el referente musical de los desayunos de toda una generación.

### **La piscina**

Estamos en el verano de 1954. La protagonista, ya una adolescente, se acaba de examinar de la reválida de cuarto y se prepara para disfrutar de unas merecidas vacaciones. Acaba de estrenarse una novedad en Toledo: la piscina. El espacio se convierte en algo más que un mero esparcimiento:

*“[...] te han dado permiso para ir con los chicos del barrio a bañarte de noche en la piscina recién inaugurada del Parque Escolar, aunque, eso sí, te has visto obligada a recitar la larga lista de los que irán contigo [...]*

*Sentados en el borde de la piscina que alguno todavía llama estanque jugáis con el agua oscura rompiéndola a chapoteos, nerviosos de aquella semidesnudez nocturna, que una cosa es estar en traje de baño al sol, a la orilla del río, y otra muy diferente estarlo en este bosque de pinos crujientes, con el olor de las adelfas y la lividez de las bombillas blanqueando las piernas que rompen la luna, aquietándola después para verla tan bella en un cielo invertido. [...]*

*El verano pasado todavía fuisteis a bañaros al Tajo, junto a la presa de Safón, tú con tus hermanos y con la vecina y una vez hasta vino mamá.*

*Del río te acordaste tú en este primer día de piscina, pero eso fue por la mañana, cuando andabais por el parque cotilleando los preparativos para la inauguración, las banderas que habían colgado encima del portón de entrada, la ventanilla con los precios, la tapia amarilla que tanto afeaba el parque”* (pp. 132, 133, 134 y 135 - II).

Claro, que no todo el mundo estaba feliz con la novedad, como le ocurre al abuelo: *“A quien [...] se le habrá metido en la mollera que no había en Toledo otra necesidad más urgente que la de hacer una piscina, claro, es que en Toledo no había donde bañarse, al revés te lo digo para que me entiendas. Con un Tajo como nuestro Tajo, con unas aguas corrientes y limpiísimas. Peligrosísimas, de acuerdo [...] pero no para los toledanos. Para los forasteros sí, eso no puedo negarlo, todos los años hay un ahogado por lo menos, pero al fin y al cabo ¿quiénes son esos ahogados? Unos listillos que vienen de excursión y que están viendo a todo el personal bañarse en El Chinarral o en*



*Safón y van y dicen, ¡uy!, qué tontos son estos toledanos, mira que bañarse en esa aglomeración, nosotros no, nosotros, como somos de Madrid, nos vamos a meter por aquí, tan agustito. Y se lanzan debajo del puente de San Martín y antes de que quieran darse cuenta se los ha tragado una poza y vaya usted a buscarlos, nunca más se supo.” (pp. 135 y 136 – II).*

### **El cine Moderno**

La “fábrica de sueños” sentó cátedra en el Toledo de postguerra principalmente en este espacio, del que muchos guardamos un grato recuerdo. La protagonista echa mano de su morfología para ilustrar cómo es el aula de geografía de su Instituto, que tiene *“una escalera igualita que la del gallinero del cine moderno, explicaste tú a tus hermanos, que algunos domingos habíais ido a la matinal.”* (p. 18 - II).

Pero más interesante es esta otra cita, porque deja leer entre líneas los comportamientos amorosos de la época. Así, las escasas muestras de escenas amorosas entre sus padres son evaluadas por la protagonista desde una evocación del séptimo arte: *“[...] la frustración de que aquello que parecía tan hermoso no llegara jamás a cuajar, de que los abrazos perdurables entre hombres y mujeres sólo fueran verdad en las carteleras del cine Moderno, donde las bocas permanecían unidas golosamente toda la semana, a merced de las moscas y de nuestras miradas, tan ansiosas como reprimidas.”* (p. 134 – III).

### **El cine de la Fábrica de Armas**

A lo largo de los años que mantuvo actividad la Fábrica de Armas fue un auténtico microcosmos que irradió influencia más allá del personal laboral o de cualquier otro tipo que la configuraba. Y una de sus actividades sociales fue la proyección de películas, como es sabido. Entre el paseo campestre y el espectáculo en sí se desarrolla esta secuencia:

*“Fue casualidad que, estando es ésas, llegara papá con aquellas entradas para el cine de la Fábrica de Armas. «Las zapatillas rojas», anunció, y mamá sonrió mirándole de frente como si fueran otros tiempos.*

*Y allá que os fuisteis todos, por el campo adelante, sobando el papelillo azul con una banderita en la esquina, Sesión de cine. Día de la Unificación.*

*Si fuera por los niños, habríais ido al trote. Pero los mayores preferían aprovechar el paseo, por algo habíais salido con tiempo de sobra, una tarde tan buena después de tanta agua. Pero luego mamá fue torciendo la sonrisa y ya no parecía tan animada al ver a aquella gente que salía de sus casas, con una silla a cuestas, cuando os fuisteis acercando al Poblado, que era donde vivían los hombres de la fábrica.[...]*

*Claro que era verdad que el cine no parecía un cine, pero hubiera preferido que mamá no lo dijera en voz tan alta. Menos mal que por fin se apagaron las luces y poco a poco la gente fue quedándose quieta y todos se mandaron callar unos a otros. Las letras con el título de la película y los nombres extranjeros de los artistas dejaron de correr por el techo, encontraron la pantalla y se quedaron allí. El trueno de la música fue amainando y empezó la película.”* (pp. 76 y 77 - I)

### **Excursiones, visitas y correrías**

Es difícil encontrar alguna página de estas novelas, sobre todo de las dos primeras, en las que no se aluda a algún tipo de actividad fuera de casa. Los niños de la postguerra practicaban, practicábamos, el sano deporte del juego colectivo en la calle. A ello hay que añadir, en este caso, las visitas a monumentos, imprescindibles en una ciudad en la que la historia y el arte se enseñorean de cada metro cuadrado de su suelo.

### **La vuelta al Valle**

Mucho antes de que se pusiera de moda el “footing”, vecinos de todo tipo aquí lo han practicado, recorriendo ese camino que permite contemplar el caserío toledano en toda su plenitud:

*“Empezasteis así las caminatas al Valle, con aquella solana y la vergüenza que daba [se refiere al abuelo] que se pusiera el pañuelo atado a la cabeza con cuatro nudos. Sólo Manolo se dejó poner él también aquel gorro ridículo, las niñas preferisteis que se os cocieran los sesos. [...] Ibais de cacería, a cazar lobos, que por suerte no había ni rastro. Trepabais a la Peña del Moro, aquella piedra enorme que parecía una cara de hombre con turbante, y eso, dijo el abuelo, es justamente un moro. Subíais y bajabais resbalando de culo por la barba puntiaguda, jugando al escondite en la cuenca vacía de su único ojo. El abuelo, sin haceros ni caso, oteaba y olía el viento, y al final decidió cazar ranas. Porque un poco más lejos estaba el arroyo de La Degollada y con la ilusión de mojaros los pies dejasteis sin pena vuestros juegos. Pero no había agua, sólo un charco pequeñito quedaba del arroyo. Tampoco había ranas ” (p. 43 - I).*

### **Camino del primer baño**

Durante el ya mencionado recorrido el abuelo les va explicando los monumentos (además de las leyendas) que se divisan, desde la avenida de la Reconquista, donde viven, hasta el puente de San Martín:

*“Todavía se vislumbraba su silueta [se refiere a la madre] despidiéndose de vosotros desde la ventana cuando el abuelo, olvidado de la finalidad extraordinaria de vuestra expedición, se lo tomaba como el paseo cotidiano y se disponía a revelaros la vida privada de cuantos monumentos os fuerais topando en el camino. La estatua de Recaredo, gran guerrero, buen político y hombre justo y prudente que realizó la unidad religiosa y preparó la fusión de razas [...] y a la izquierda dejamos la Puerta del Cambrón, por donde huyó, con el huérfano en brazos, disfrazada, camino de Portugal, doña María Pacheco, viuda del comunero toledano don Juan de Padilla, y no dabas abasto porque asomaban las torres góticas y floridas de San Juan de los Reyes y el abuelo os obligaba a reparar en las cadenas que ornaban su fachada y si ellas pudiesen hablar, hablaba él, nos conmovían con los sufrimientos de los cautivos cristianos en poder de los moros, que las arrastraban dolorosamente durante su horrible cautiverio...” (pp. 139 y 140 - I)*

### **La Catedral**

Frente a las explicaciones al uso previsibles en tan augusto monumento, la narradora nos ofrece una visión insólita –para ella y para cualquiera de nosotros– y todo gracias a la complicidad de los prismáticos:

*“[...] te perseguía una manada de gárgolas desnudas descubiertas días antes, gracias a los prismáticos del abuelo, en la picorota de la Catedral. Fíjate en las volutas de la ojiva, te exigía colgándote sus prismáticos al cuello, observa el Pantocrátor, mira bien el gótico, cordera, que ya tienes edad de ir entendiendo el arte, que ya pronto te vas a examinar de Ingreso y serás toda una señora bachillera. Os había cogido desprevenidas a Pili y a ti, como otras tantas veces, engolosinadas con el señuelo aventurero de conocer la ciudad como él la conocía: hay tres Toledos, unos dentro de otros, y nadie más lo sabe, un Toledo moro, un Toledo cristiano y un Toledo judío, vamos a descubrirlos. Y algo de su pasión os iba contagiando y ya empezabais a mirar aquella ciudad decrepita como quien ve una moneda enmohecida y sabe, sólo él, que es un tesoro.*

*Pero en aquella ocasión tú te quedaste fascinada con el monstruo alado que sacaba una lengua goteante por sus fauces abiertas. Es una gárgola, te aleccionó el abuelo, y ya no te enteraste de más explicación porque ibas descubriendo otros horrores, hasta dar con aquel diablo carcajeante con las manos garfiosas agarradas a la cosa sin nombre que no tienen las niñas. [...] En cuanto le pasaste los prismáticos, la torre se quedó tan sin malicia como siempre había sido y a ti te pareció que la Catedral era una mentirosa, engañando a los turistas inocentes que la estaban admirando tan sólo con sus ojos, si ellos supieran. Casi te daban pena, venir desde tan lejos para nada” (pp. 84 y 85 - I).*

No menos hilarante resulta la siguiente secuencia en la que, por distinto motivo, la catedral vuelve a desbordar a nuestra protagonista: “[...] *que una vez perdiste el equilibrio y caíste en los brazos de un canónigo orante, mareada de tanto contemplar el Transparente, con el cuello quebrado de rastrear el cielo, la Virgen, el Pantocrátor, la paloma girando allá en lo alto y el rayo divino derribándote por tierra.*” (p. 18 - II).

### **La Bola del Miradero**

Referencia urbana sobradamente conocida y también lugar de encuentro. En ese sentido aparece en una breve mención: allí se concentran de profesores y alumnos cuando les llevan de excursión a ver el Museo del Prado, en Madrid. “*Con ellos [los profesores] por delante recorréis el paseo que os separa de la estación y en comitiva un poco escalofriada cruzáis por el puente romano y dejáis la ciudad a lo lejos, la muralla tenuemente rosada por el sol recién nacido, la ciudad más hermosa del mundo, dice don José María, investido de nuevo de su aura, y os obliga a girar la cabeza y contemplar la belleza que se está fraguando a vuestra espalda*” (p. 28 - II).

### **Lugares para la exploración, lugares prohibidos**

La curiosidad infantil, la tendencia a vivir la aventura de explorar (aunque sea lo próximo, lo que se tiene a mano) se manifiesta en estas incursiones, cuando la protagonista toma el testigo del abuelo y experimenta por su cuenta, junto a sus hermanos, una especie de espeleología arqueológica:

*“Averiguasteis que, por la gracia de los prismáticos, erais expertos en tejados pero ignorabais los sótanos. También os enterasteis de que, sin la larga vista que el tesoro del abuelo os proporcionaba, las alturas os estaban vedadas. De modo que, para espanto de mamá, si es que hubiera tenido la desgracia de enterarse, os dedicasteis a la espeleología.*

*Poco a poco, adquiristeis experiencia. Desarrollasteis una técnica compleja, un modo personal de afrontar el problema, una estrategia descabellada que bordeaba la más inocente delincuencia. En las ruinas de la Casa del Diamantista os disteis de bruces con los restos podridos de una barca. Por su proximidad al puente de Alcántara no dudasteis en botarla al agua ni datarla en época romana. Una pendiente resbalosa y un candado previamente machacado entre dos piedras os plantaron en una cueva maloliente bajo los restos del Baño de la Cava; por un agujero oculto entre matas de romero os introdujisteis en el paño de la muralla, a la altura de la puerta del Cambrón y os llenasteis los bolsillos de balas oxidadas. Desechasteis el Alcázar porque su misterio tenía guarda y ya no emocionaba, pero la media luz os protegió en la catedral, cuando [...] penetrasteis por la puertecilla enrejada que con su lucecita al fondo tanto os intrigaba en las visitas con el abuelo.*

*El día que la encontrasteis abierta descendisteis las escalerillas sin siquiera pensar lo que hacíais, enredadas en la misma locura que os había llevado, en otros tiempos, a explorar los altos de la casa en busca de no sabíais qué. Pero ahora, al descender en fila india por el hueco estrechísimo, aspirando un incienso espeso y como húmedo, te vino a la memoria el hallazgo que en aquella ocasión ya lejano hizo la menor de las tres; [...]*

*En la cripta, sobre un altarcillo impoluto temblaba un cirio y las sombras iban y venía. Pero lo que asustaba de verdad, lo que erizaba el cogote y vidriaba los ojos era la sensación de que, de un momento a otro, alguien iba a llegaros por la espalda canturreando: ¡Kyrie, eléison!”* (pp. 37, 38 y 39 - II).

En alguna ocasión la correría es a costa de hacer una pella, aprovechando un descuido del bedel: *“[...] escapaste sola pero sin susto, hasta llegar a la Posada de la Sangre porque don Benigno os había hablado de que allí, en la cuevas, la santa Inquisición tenía sus calabozos de tortura y tú querías verlo. [...] Temerosa de que alguien te pillase cometiendo pecado tan nefando aplicaste a la rendija de la puerta un ojo dispuesto a ver lo que no había y viste, oculta bajo la apariencia engañosa de un almacén de harina, la sala de torturas”* (pp. 40 y 41 - II).

La secuencia que sigue, el “listado” de instrumentos de tortura que no hay y que la niña “ve”, es una magnífica muestra de recomposición caleidoscópica: las alusiones oscilan entre lo sagrado (cruz de Jesús), lo siniestro (la horca del sheriff), lo divertido (la bola negra de los presos del tebeo), lo ¿insólito? (el puntero del señor maestro, porque la letra con sangre entra), etc. etc., y lo experimentado: *las tinajas llenas de aceite de ricino asqueroso que nos han mandado los americanos* (p. 41 - II).

Otro día la fuga de clase tiene un destino interno, en el mismo Instituto, cuyas alturas son exploradas por la protagonista y su compañera Raquel. La escena es típica entre adolescentes: allí juegan a ser “gatas con alas” y se cuentan sus confidencias (el caso de Don Guillermo, del que se dice ha sido denunciado por hablar a sus alumnos de Magisterio de estatuas griegas en desnudo): *“Te lo contó tu amiga el día que hicisteis novillos en la clase de la señorita de Falange y os pasasteis los sesenta minutos aleteantes, escondidas detrás de la escalera que lleva a los tejados, contemplando los alrededores del instituto, tan sabidos, transformados por la magia de un ventanuco de buhardilla”* (p. 109 - II).

### **Huellas de la contienda reciente**

La marca de la guerra civil salpica el paisaje urbano de Toledo todavía hoy en algunos muros pero también en muchas conciencias. A pesar del tiempo transcurrido, es difícil sustraerse a la memoria de los acontecimientos terribles que aquí ocurrieron. Y en las novelas que nos ocupan, situadas argumentalmente tan cerca de los hechos, el peso de la contienda gravita inevitablemente sobre la acción.

### **El Alcázar**

En lo que se refiere a la guerra civil, ningún otro lugar de la ciudad lleva adheridos a sus piedras un protagonismo histórico y una carga de dolorosas experiencias humanas como éste. Pero aquí su tratamiento nada tiene que ver con las versiones más o menos oficiales. La autora utiliza un punto de vista irónico y desmitificador del drama de los sitiados, lo que da pistas acerca de la interpretación ideológica de los hechos. Las alusiones oscilan entre la burla (discurso del cojo), el sombrío horror y el dato sociológico (los numerosos niños toledanos bautizados con el nombre de Ángel, como su vecino el seminarista, hecho que a los hermanos protagonistas les genera una cierta confusión): *“Hasta que el abuelo os llevó a visitar las Gloriosas Ruinas y visteis el colchón despanzurrado, con aquellos manchurrones, y un cojo que era el guía, os contó cómo estaba muriéndose el héroe aquel y gritaba ¡curad primero a los otros, a mí no! o algo así, hasta que, claro, se murió, y de tan bueno que era, casi un santo, decidieron llamarle Ángel. [...] No os gustó nada la visita de aquel sótano tan tenebroso, no veíais la hora de salir”* (p. 51 - I).

En la tercera de las novelas nuevamente hace su aparición el tema, cuando la protagonista se reencuentra con su vecino Ángel, ahora ex-seminarista, y rememora el empeño del abuelo por llevarles a visitar el monumento: *“siempre encontraba una disculpa para llevaros a visitar aquellas ruinas: desde este teléfono habló el general Moscardó con el jefe de los rojos que tenían prisionero a su hijo querido...”* (pp. 60, 61 - III).

### **Regiones devastadas**

El título de la segunda de las novelas de la trilogía se refiere a un plan de rehabilitación y desarrollo que puso en marcha el régimen franquista. Precisamente con este nombre se identifica varias veces al barrio donde vive la protagonista (en realidad se trata de los *Bloques* de la Avenida de la Reconquista). Y así, cuando su amiga Raquel se marcha a un sanatorio, anota su dirección: *“primero mi nombre que digo yo que no te hará falta que te lo ponga, luego Bloque Segundo de Regiones Devastadas...”* (p. 210 - II).

La primera mención aparece en la secuencia en la que la protagonista, como los demás niños, juegan a desenterrar huesos en el desmonte próximo a su casa: *“[...] escucha con horror lo que ya sabes desde hace mucho tiempo y no quieres creer: que en aquellos descampados donde se han construido las casas de Regiones Devastadas en que vivís estaba en tiempo de la guerra el paredón donde se fusilaba, aunque nadie confiesa ni quién disparaba, ni quién era el muerto, ni por qué mataban ni por qué morían”* (p. 115 - II).

El adjetivo *devastado* (el subrayado es mío) tiene un sentido simbólico en la trilogía, como puede apreciarse también en el siguiente texto: *“Tú la entendías [se refiere a su vecina Rita], porque la pérdida de tu primer amor y la ausencia paterna te habían hecho sabia. [...] Te cerrabas en el que fue despacho de papá y hurgabas los cajones. [...] Te ibas luego a la calle en busca de la sombra del amigo y llegabas sin aliento al callejón donde estuvo su casa y veías, devastado también, como el recuerdo de papá, el patio que cobijó tu amor. Acoquinada atendías al trajín de albañiles que estaban transformando tu palacio en oficinas y en medio del estruendo jurarías que sonaba, muy débil, eso sí, la melodía del violín perdido”* (pp. 26 y 27 - II). Se está refiriendo a la acción devastadora del paso de la guerra, pero también del inexorable devenir del tiempo sobre las cosas y sobre las vidas.

### **Itinerarios emocionales**

La trilogía está empedrada de alusiones espaciales cargadas de emotividad. En realidad esta carga simbólico-afectiva atraviesa buena parte del relato pero es especialmente intensa en algunos de estos lugares.

### **La casa toledana**

Es un referente imprescindible en cualquier acercamiento que se haga del espacio urbano de nuestra ciudad. Pero el caso concreto al que me refiero (que se sitúa en la calle Buzones) va mucho más allá del mero color local puesto que viene asociado nada menos que al descubrimiento del sentimiento amoroso por la protagonista: amor de niña hacia el niño violinista, amor que se dilata en el tiempo; y también a la experiencia del dolor de la ausencia. Espacio casi mítico, depósito de sueños y nostalgias, que permanece inalterablemente instalado en un lugar preferente de su memoria:

*“La primera vez, cuando mamá desapareció en el portal oscuro, aunque te había ordenado: juega, no jugaste. Te quedaste apoyada en la pared disfrutando el frescor que te llegaba desde el patio árabe, creyendo que mamá no tardaría en volver. Porque mamá te había dejado frente a una de esas evocadoras viviendas toledanas con su zaguán de guijarros en el suelo, paredes de cerámica y el patio recoleto tras la verja”* (pp. 148 y 149 - I).

*“Por juego y por defenderte recorres los últimos trechos con los ojos cerrados, tan bien conoces el camino. Con los dedos vas rozando la pared, tanteando sin detenerte la reja de la ventana, otra vez la pared, ahora el frescor del patio y ahí entreabres los párpados para ver borrosamente el cartel que anuncia la oficina de Hacienda, en el zaguán los paneles de avisos. Sigue la fuentecilla manando en el centro del patio, pero ya no está rodeada de macetas con flores ni de música ni de sueños”* (pp. 62 y 63 - II).

### **Los Cobertizos**

Camino de sombra y frescor, pero también de ilusión o ansiedad hacia la casa del pequeño violinista:

*“Te adentraste en la penumbra de las calles techadas frenando la carrera porque, húmedas y resonantes, ni siquiera los nichos y las cruces les faltaban para imponer como cementerios”* (p. 157 - I).

*“Cuando ya llegaba al cobertizo de Santa Clara, tan cerca de la calle de los Algibes donde estaba tu casa y escuché las notas titubeantes del violín que me llamaba, me tapé los oídos y corrí, corrí, corrí, ahora cuesta abajo, sin fijarme dónde ponía los pies, para llegar demasiado tarde al adiós de papá”* (p. 218 - III).

### **Santo Domingo el Real**

La belleza y magia connaturales a esta plaza única, en las novelas que nos ocupan se enriquecen con valores añadidos: por eso no es baladí la inclusión del referente romántico a través del recuerdo del poeta amante de Toledo. La evocación de Bécquer en este fragmento es diametralmente opuesta a la que se desprende tras el episodio de la visión de las pinturas de El Niño de la Guardia: *“«En esta plaza romántica frente a la iglesia bajo cuyo pórtico soñó Gustavo Adolfo Bécquer y vivió las ilusiones de un amor imposible», leíste. Tomabais un respiro en la umbría del cobertizo de Santa Clara, el poeta te devolvía una mirada lánguida desde la placa de cerámica de su dedicatoria y mamá apresuraba el paso porque en los campaniles de todos los conventos tocaba oración”* (p. 148 - I).

### **Otra casa toledana**

Me refiero ahora al escenario de una pequeña tragedia infantil, la vivienda de don Pascual, el párroco de Santiago que se almuerza las palomas que cuidan los niños. La protagonista tiene que asimilar de golpe su primera experiencia dolorosa de una ausencia, la de sus mascotas; después vendrán la de su padre y la del violinista:

*“Ni en sueños puedes creerte lo que de sobra sabes, aunque bien te costó aguantar las lágrimas que Pili no pudo retener cuando regresasteis, con las manos vacías, de casa de don Pascual, adonde habíais ido a recoger vuestras palomas.”* (p. 143 - I).

*“Toda una noche las echasteis de menos, y cuando a la mañana llamasteis impacientes en el portón del párroco, una voz a dos carrillos os respondió adelante. Y allí estaba, debajo del moral que refrescaba el patio, la mesa de tijera con el mantel a cuadros, la libreta de pan y el porrón con el vino y ese olor tan gustoso a cebollitas tiernas y ajos estofados que todavía hoy puedes rememorar, y el apuro del cura y su intento de ocultar lo evidente.”* (p. 144 - I).

Por la descripción, el lugar responde a la estética realista decimonónica; pero a partir de aquí, el aparentemente inofensivo “bodegón” se cargará de sentido, funcionando a modo de lacerante *leitmotiv* en la memoria de la pequeña: *“soñando desesperanzada el batir imposible de alas blancas”* (p. 132 - I); e incluso de la mujer adulta: *“Los cirujanos me han robado uno de los mejores placeres de mi vida, igual que los curas me robaron, cuando era niña, el gusto por los estofados de carne aliñados con verduritas tiernas, el plato preferido de mi infancia, odiado desde que entramos al patio emparrado en busca de las palomas blancas que habíamos llevado a la procesión y ellas no estaban, pero cada cura tenía un muslito perfumado detenido en el aire camino de la boca y todo el patio, y el mundo entero, estaba impregnado de aquel aroma tan rico que desde entonces me da arcadas, y de golpe aprendí que ya nunca me podría fiar de nadie...”* (p. 106 - III).

### **El palacio del Canónigo**

El episodio relacionado con este lugar, además de dramático para la protagonista, tiene un alcance político-social de gran envergadura pues en él se recrea una dolorosa realidad de Toledo: el expolio de su patrimonio artístico a lo largo de los años y ante la connivencia de las autoridades locales.

La protagonista acaba de recibir un durísimo golpe: su querido profesor don Rodrigo se ha suicidado. El espeso silencio que rodea el caso no la amilana y decide indagar: *“[...] voy al palacio del Canónigo a ver esa portada que, según dicen, ha tenido que ver con el suicidio de mi profesor [...] A esos pensamientos vas dándoles vueltas camino de la plaza de la Bellota, donde está el Colegio de Infantes, te ha orientado el abuelo, en el antiguo callejón del Alcahoz que desde el siglo pasado se llama del Canónigo porque en él habitó durante unos años un clérigo que algo tuvo que ver con la fundición de la campana gorda de la catedral, del siglo XVIII te estoy hablando, [...] el tal canónigo fue obrero mayor de la catedral y administrador del Colegio de Doncellas”* (pp. 203 y 204 - II).

En realidad se está refiriendo al palacio del conde de Arcos, en el que vivió un tiempo don Andrés Munárriz, Obrero Mayor y Capiscol catedralicio y administrador del colegio de Doncellas. Por este hecho, el nombre antiguo de la calle a la que daba la fachada trasera del palacio, Alcahoz, se cambió por el de Munárriz. Pero luego se le puso el de Juan Guas (nunca se llamó esta calle el Canónigo, la autora se permite esta licencia)<sup>5</sup>.

Acompañada de su amiga Raquel y *“por el laberinto dormido a estas horas todavía bochornosas llegáis frente a la fachada que andabais buscando”* (p. 206 - II). Allí, *“clavado frente a la fachada”* encuentran a su profesor don Benigno, *“Impecable, con un cartapacio bajo el brazo derecho y el sombrero en la mano, reverente como si estuviera delante del Sagrario”* (p. 206 - II). Gratamente sorprendido por ver a sus alumnas preferidas en tan triste lugar, les confiesa su dolor, y las niñas manifiestan que están allí para ver la portada del palacio del Canónigo. *“Pero no hay tal portada. Lo que tiene delante el profesor, lo que estáis contemplando ahora los tres es un hueco que descarna la fachada por la mitad, como una bomba; una mella tremenda malamente tapada por una miserable cortinilla de saco. Tú, muy erguida, señalas la afrenta con un dedo interrogante.”*

[...] Al día siguiente, sentada con Raquel junto a la casita de corcho donde vive el guarda de la Vega le explicas una vez más, es que yo había visto mil veces ese palacio y esa portada [...] a mi abuelo le encanta llevarnos a esa plaza para enseñarnos la puerta del Colegio de Infantes que es aquella tan bonita que tiene a cada lado una señora de esas que se llaman cariátides, ¿te acuerda que lo hemos estudiado? Yo así, al pronto, no relacionaba la plaza con ese otro palacio, pero al ver el agujero aquel en la fachada se me vino a la memoria su portada, que era muy bonita. Que es muy bonita, puntualizó ella: Lo que pasa es que ahora ya no está en su sitio” (pp. 207 y 208 - II).

Durante el funeral por don Rodrigo, la protagonista rememora las palabras que escuchó junto a su amiga, ahora ausente, de boca de su profesor: “ [...] este palacio en ruinas es, aunque no lo parezca un importante patrimonio toledano, prosiguió don Benigno, no da lo mismo que se destruya, se saquee o se malvenda, no es de nadie y es de todos, es mío y vuestro, es sagrado como todo Toledo es sagrado, no lo olvidéis nunca porque sois responsables de lo que pase en esta ciudad en el futuro” (p. 232 - II).

De nuevo vuelve el palacio a su mente a través de la carta que su padre le envía cuando ya está muerto y ella es una mujer adulta que vive en Madrid: “Donde debiera estar las puertas monumentales del palacio, un hueco doloroso, cruel como una herida de metralla, mal tapado con sacos y tablones, denunciaba un despojo reciente. Restos de piedra machacadas recordaban la tarea impía de la piqueta. Éste que veis aquí fue en otros tiempos un gran palacio levantado sobre los restos de una maravillosa mansión árabe de la que hasta hace poco se conservaba el patio exquisito, con sus surtidores y fuentes de azulejos, [...] aquel palacio en ruinas era patrimonio toledano y que nadie tenía derecho ni a malvenderlo ni a saquearlo ni a destruirlo...” (p. 194 - III).

Según el relato, don Rodrigo se había suicidado porque no pudo evitar –desde su puesto honorífico en Bellas Artes– el saqueo del monumento, dado que sus antecedentes ideológicos le colocaban en una posición muy vulnerable.

### **El Instituto**

Se trata de un espacio fundamental para la protagonista. No es casual que *La gata con alas*, la primera novela de la trilogía, comience cuando su padre llega a casa y pone en sus manos “aquel libro azul delgadito, con letras doradas en la tapa” en el que figura la calificación de “apto” respecto a su examen de Ingreso.

Comienza entonces la gran aventura intelectual y emocional que la va madurando a lo largo de su adolescencia, pero cuyas consecuencias levarán para siempre sobre ella. A esa niña que quiere saber, que quiere ir a la Universidad, que quiere volar, las “alas” más importantes se las va a proporcionar su querido Instituto.

Es inevitable que, más adelante, la evocación del padre que se fue misteriosamente aparezca asociada de inmediato con la de ese día memorable:

“Añorando al ausente, papabas moscas. Recordabas el día de tu examen de ingreso, en aquella aula antigua e imponente que ahora frecuentabas con soltura y que te apabulló como un traje glorioso que no era a tu medida, aunque era a la medida de Toledo [...]”

El aula de geografía donde te examinaste no tenía pupitres. De los tiempo en que aquel instituto fuera universidad, te explicó tu padre, conservaba las gradas...” (p. 18 - II).

Cuando ya la niña es mujer y reencuentra en Madrid a su antiguo vecino el seminarista, el puente de la memoria de nuevo le lleva a pensar en este lugar:

“Ángel me hizo caer en la cuenta de la suerte que tuve por haber estudiado en el Instituto. A él, me dijo, le fascinaba aquel edificio tan bonito, con sus doble escalinata, sus verjas y su patio de columnas de granito, del que veía entrar a chicos y chicas de su edad pero muchísimo más afortunados que él [...]”.

No es que yo esté encantada conmigo misma, sólo faltaba eso, pero lo mejor de lo que soy se lo debo a aquellos profesores que aparentaban enseñarnos física, ciencias naturales o dibujo y lo que de verdad estaban enseñándonos es que había otros mundos” (p. 60 - III)

Un momento crucial en la vida de la protagonista es aquel en el que su madre le manifiesta que no puede hacer frente a que estudie el bachiller superior con miras a hacer una carrera: “Sería



*maestra, haría oposiciones...” (pp. 116 y 117 - III). Se marcha a la calle dando un portazo, vuelve de noche, pero nadie se atreve a preguntarle nada: “Si se hubieran atrevido les habría mentado sin inmutarme. No iba a confesarles que me había pasado seis horas dando vueltas al Instituto, mirándolo desde todos sus ángulos, adivinando sus aulas tan queridas a través de las ventanas: la de ciencias naturales, con su colección de animales disecados y su bote con la lombriz solitaria y el esqueleto de la señorita Mary Paz; la de química, con sus redomas para hacer mejunjes; la de dibujo con sus escayolas; la de geografía, con sus gradas y las paredes cubiertas de mapas antiquísimos... Asomándome al patio de granito a través de la cancela ahora cerrada y despidiéndome para siempre con el corazón seco, aprendiendo a aguantar” (pp. 116 y 117 - III).*

### **La torre de la catedral**

El mástil pétreo del caserío toledano que es la torre de la catedral no tiene aquí un tratamiento paisajístico sino simbólico: de elevación, de vuelo, de libertad. En un momento dado se convierte en espacio-mirador y en antena que canaliza sus recuerdos, exactamente los que se refieren al día que se marchó su amigo de Toledo: *“Adiós, adiós, amigo mío, llorabas con el único llanto del que jamás ibas a avergonzarte, renunciando apoyar tu cabeza en tus rodillas, a ascender cogida de su mano, el caracol de la escalera de la torre más alta de la Catedral. Primero encontraremos la sala de gigantes, habías presumido en tiempos más felices, y allí está la tarasca, un monstruo medieval bastante viejo en el que se mete el sacristán y, cuando todos están descuidados, el dragón alarga el cuello y abre la boca como si fuera de verdad. Te callaste que, en ese momento, todas las novias se abrazan a sus novios con grititos nerviosos y ellos daban propina al viejo desdentado que les guiñaba un ojo, y quien sabe si a lo mejor tu amigo te abrazaría así. Después, los más osados continuaban subiendo hasta el vértigo de la Campana Gorda y se veía el mundo como Dios debe verlo, desde arriba, y los pájaros debajo. Algún día, habíais prometido, tenemos que hacer esa excursión.” (p. 158 - I).*

### **La añoranza en la distancia y el deseo de regresar**

Al final del último libro, *Mujer de aire*, el tema de Toledo se convierte en recurrente, en un leitmotiv. Primero es la constatación de la nostalgia, tras su marcha: *“Cuando Madrid me parecía la ciudad más fea del mundo y sus habitantes los vecinos más fríos y distantes; cuando añoraba Toledo hasta las lágrimas, me metía en la iglesia del Carmen.” (p. 29 - III).* Después, es la necesidad del regreso, lo que dota a las tres novelas de un carácter cíclico desde el punto de vista argumental. Se trata de la vuelta a los orígenes para poder abrir definitivamente la puerta que ha ocultado los dos acontecimientos que desde la infancia han levitado sobre ella como una pesada carga (qué pasó con su padre, qué pasó con don Rodrigo). Es, pues, una necesidad vital, pero también un encargo que le hace su padre a través del escrito que ella recibe muchos años después; y lo asume como si de una misión religiosa se tratase (igual que la Ángela de *San Manuel de Unamuno* acepta convertirse en testigo y mensajera):

*“Tengo que ir a Toledo, decidí, convirtiendo en urgencia lo que podía ser un proyecto remoto.” (p. 174 - III).*

*“Tengo que ir a Toledo, volví a decirme al cabo de un rato, sentada ahora en el sofá y dispuesta a terminar de saber...” (p. 178 - III).*

*“El recuerdo del abuelo me lleva a Toledo, y en Toledo debería estar pensando en lugar de divagar. En cómo y cuándo voy a ir, dónde me voy –¿o nos vamos?– a hospedar ” (p. 231 - III).*

*“Entonces, día a día, iré reconstruyendo aquella historia trágica que fue la de los míos y la de tantos otros. Visitaré el Palacio del Canónigo y procuraré entrevistarme con el dueño actual, un arquitecto famoso que ha rehecho la fachada, idéntica a la que robaron. Le pediré que me cuente lo que sepa del caso y luego iré en busca del cigarral para comprobar si, como supongo, su entrada sigue ostentosamente adornada con el producto de la rapiña.*

*Voy a hacer fotos de todo, a buscar las huellas de don Rodrigo en su casa abandonada desde el drama, a seguir los pasos de sus amigos, mis profesores, en nuestro Instituto, en los cafés, en los parajes por donde paseaban a la luz de la luna para respirar en libertad...”* (p. 236 - III)

En ese proyecto de viaje hacia el espacio real que habita en la memoria, la protagonista, –desde el estado de inconsciencia derivado de su crisis cardíaca– reserva un hueco para su amado: ¿nos vamos? Y la obra se cierra con **dos propuestas** para el futuro, propuestas posiblemente destinadas a no hacerse realidad: la primera tiende un puente con una leyenda toledana, una de las más conocidas y trágicas, *El pozo amargo*; la otra, con aquel proyecto incumplido hecho en la casa del niño que la enamoró, antes de que él se marchara a Madrid:

*“Y tú, Violinista, deberías venir conmigo. Nos besaríamos apoyados en el brocal del pozo, cuyas aguas se volvieron amargas con las lágrimas que una doncella judía y medieval derramó por la muerte de su amante cristiano. Luego, de la mano, subiríamos a la torre de la Catedral para arrullarnos allá arriba con el mismo fervor que las palomas.”* (p. 236 y 237 - III).

.....

## NOTAS

<sup>1</sup> ANTOLÍN, E. (1992): *La gata con alas*. Madrid, Alfaguara (**I** en las citas)

<sup>2</sup> – (1995): *Regiones devastadas*. Madrid, Alfaguara (**II** en las citas)

<sup>3</sup> – (1975): *Mujer de aire*. Madrid, Alfaguara (**III** en las citas)

<sup>4</sup> MERNISSI, F. (1995): *Sueños en el umbral*. Barcelona, Muchnik.

<sup>5</sup> El texto narrativo se está refiriendo a un hecho real, aunque novelado, puesto que este palacio fue objeto de varias expoliaciones de la mano de sus sucesivos dueños: Julio Porres (*Historia de las calles de Toledo – I*, Toledo, 1971, pp. 88, 89 y 90) se refiere a la penúltima, en fecha reciente, en la que se trasladó la portada entera al cigarral del Ángel, y también se hace eco de la restauración del arquitecto Fernando Chueca Goytia.